

## MATERIALISMO E IDEALISMO

ALUMNO GONZALO BUENAHORA

BOGOTA

Hay actualmente en la Universidad bogotana un apreciable número de estudiantes que tienen de la palabra materialismo un concepto equivocado.

Para ellos el materialista es un hombre sin sentimientos ni corazón, sin ideales de ninguna especie, sin ningún principio moral, ni norma alguna espiritual. Un hombre que ha llegado a destruir lo más noble y bello de la vida humana, el espíritu, para subyugar todo anhelo a la materia, a los sentidos y a la carne. Por eso le creen un ser torpe, vicioso, concupiscente y sensual.

A ese grupo de estudiantes quiero aclararles el concepto, vulgarizándolo solamente, ya que una distinción profunda y plena de las dos únicas teorías que en definitiva luchan en el mundo, la idealista y la materialista, la encontrarán mejor expuesta en cualquier honrado compendio, de esos que se cubren de polvo y abandono en una mísera pena de arrabal.

El materialismo es una escuela filosófica que nos enseña a concebir el mundo y a concebir el hombre de una manera más razonable que el idealismo, más de acuerdo con la realidad científica, más en armonía con la verdad biológica, y por tanto, de un modo más humano y natural.

Comoquiera que no parte de principios falsos imaginarios e inde demostrables, sino que se funda y se levanta incontrastable y poderoso sobre piedras verdaderas y concretas como son las que nos brinda la misma Naturaleza.

En efecto: todos los filósofos idealistas desde Platón hasta Spengier, todas las escuelas idealistas desde la escolástica hasta la panteísta, tienen como etapa última y suprema de sus raciocinios la idea de un algo imaginario, extra-terreno, divino, incognoscible, que se escapa a nuestra aprehensión, a nuestra inteligencia y que algunas veces le llaman Dios, idea motriz, o nebulosa imaginaria. Los materialistas, en cambio, desde Tales el jónico, que halló el origen de la vida en las profundidades del océano, Anaximandro el genial y Heráclito el oscuro que explicaba el origen del mundo por la transformación de la materia, hasta Lamark, Weismann y De Vries, recientemente muerto en Amsterdam, encuentran

el principio y el fin en una causa demostrable, científica y humana como es el eterno devenir de la materia.

La historia de la ciencia nos enseña cómo existió primeramente la materia, inanimada en un principio, luego organizada, y cómo al paso que progresaba y se movía, fueron brotando las plantas, los animales, y por último el hombre, culminación suprema de la materia organizada, cuyo cerebro alcanzó una estructura tan altamente complicada que fue capaz de pensar y de crearse un mundo espiritual con su inteligencia insaciable, con sus aspiraciones infinitas, su imaginación y sus angustias incurables. Y como fruto necesario de esa imaginación y esas angustias, Dios, única solución posible en esos tiempos de ignorancia suprema de los secretos naturales.

Pero si sobre el hombre de hoy pesa la errada tradición de tantos siglos, ¿cómo es posible libertarse de ese error? ¿Cómo llegar a destruir todos los prejuicios heredados y a rebelarnos triunfantes contra un medio que nos ahogaría si pensáramos distinto?

Para llegar al materialismo moderno solamente hay dos caminos. El primero, aquel por donde transitan cogidas de la mano la inquietud filosófica y la verdad científica, senda tan sólo reservada a unos cuantos, y el otro, el del obrero que llega al más alto materialismo empujado fatalmente por el ritmo potente de la máquina, único instrumento capaz de destruir en la conciencia de un pueblo enclenque y estancado los prejuicios religiosos que lo enervan, lo embrutecen y lo matan.

Pero no vayan a creer que materialismo es jacobinismo, ni radicalismo, ni siquiera ateísmo vulgar. Todos los católicos son idealistas pero no todos los idealistas son católicos. Se puede ser unirrista, comunista y aun ateo sin dejar de ser idealista. No sólo es idealista el que cree en Dios. También lo fue Hegel, que no creía sino en el movimiento de la idea como generador del movimiento cósmico. También lo es López de Mesa, que sabe diluir a Dios en una especie de influjo universal.

Nosotros no negamos el espíritu ni lo colocamos por debajo de la materia. Sabemos más que nadie cuánto vale ese espíritu y lo cultivamos con amor e inteligencia porque él es la luz de nuestras vidas, la alegría impetuosa de nuestras constituciones emotivas, el más rico filón de emociones, el mejor estímulo a nuestras pobres glorias percederas y lejanas. Para nosotros el espíritu es superior a la materia, como que es su síntesis perfecta, pero precisamente es por lo que no le podemos desligar de la materia, por lo que no podemos concebir un espíritu que piense y que medite separado de la materia pensante. Ella es, pues, el humus que lo nutre y lo sustenta, el substrátum anatómico donde reside, el protoplasma que lo alienta y lo consume y la muerte de la célula es la muerte absoluta de la idea.

Esta lógica sencilla e irrefutable nos conduce necesariamente a la mortalidad. Ah! La temida mortalidad que tanto asusta al idealista; que rechaza brutalmente la soberbia humana y el egoísmo sibarita.

Esa mortalidad que nos ha de hundir en el olvido, que ha de barrer

nuestros nombres demasiado humildes para resistir la amnesia de los hombres, que ha de arrancarnos un día cualquiera todo lo que más amamos, lo que más apegado vive a nosotros, lo que no quisiéramos dejar de ninguna manera sobre esta tierra ingrata y malquerida.

Por eso los pobres materialistas que no esperamos otra vida mejor después de ésta, nos esforzamos por gozar más de nuestro espíritu, por llevar una vida espiritual muy más intensa, por cultivarlo y engrandecerlo hasta alcanzar la más alta superación, la plenitud suprema.

El idealista, por el contrario, vive casi siempre una vida más vulgar e interesada. Como espera una vida superior, inmaterial y asexuada, descuida naturalmente los placeres idealistas para entregarse a la satisfacción brutal de los placeres corporales; mas, como dicha acción es pecaminosa ante su Dios, resulta que a la salida del triclinio lleva la veste salpicada de impudicias y el alma ahita de remordimientos y pesares.

El materialista, por el contrario, se propone cada día superarse a sí mismo, valorizarse por cima del yugo material, embellecer su vida indefectiblemente humana con los fulgores intangibles y lejanos de una luz inmaterial y decadente. Con su propia voluntad, con su propio aliento, cada día se construye un poema, un paraíso donde vive sano, jubiloso y sereno porque para él no hay fango ni misterios.

Sus actos son de una vez honrados y sinceros porque no tienen la alcahuetería del arrepentimiento sino el fallo irrevocable de su propia conciencia. Se sienta a la mesa cotidiana sin apetitos abundosos, porque sabe que de su salud depende su alegría. Bebe en la copa de la templanza porque no necesita de intoxicarse para creer en un mundo inmaterial que él mismo se forjó en su conciencia.

Desnudo y radiante sale de las linfas de la piscina eterna, porque la única manera de concebir la inmortalidad es a través de la reproducción de las especies. Lucha contra el dolor y la tristeza porque dolor y tristeza son dos monstruos que empobrecen la vida, que oscurecen el rostro y el espíritu, que se hunden en la fosa con un mirar de inútil sacrificio.

